

SOL BEMOL

“Donde queda la mitad para que salga el sol, está la solución”

Esa simple adivinanza martilleaba el interior de la cabeza de Raquel sin cesar. Su abuela había muerto y no se le había ocurrido otra genialidad que no fuese dejarla un enigma como herencia. Sin embargo, Raquel no podía evitar pensar que si ese era su legado, tenía una muy buena explicación. Eva, que era como se llamaba su abuela, siempre había sido una fanática de todo tipo de misterios y rompecabezas, una afición fácilmente explicada por su amor hacia las novelas detectivescas. Las veladas de juegos en familia nunca habían estado a falta de juegos y risas gracias al incansable humor de la mujer. Su nieta, la adoraba y aspiraba a poder algún día compartir con sus propios descendientes todo el amor que su abuela había profesado por ella. Por esa misma razón, estaba decidida a resolver la adivinanza aunque fuese solo para honrar la memoria de Eva, cuya pérdida la había afectado tan enormemente.

El chirriante traqueteo de la oxidada verja abriéndose sacó a Raquel de sus pensamientos. Habían llegado al viejo caserón que perteneció a su abuela y en el que Raquel había pasado infinitas tardes jugando al Scrabble. Ahora, le pertenecía a ella y a sus padres, que habían decidido mudarse allí ya que quedaba bastante más cerca del trabajo de su padre que su anterior vivienda.

Raquel sonreía con nostalgia mientras recorría las estanterías de la sala de estar. Libros y libros que la hacían recordar a aquella mujer que más que haberla cuidado la había criado. Notó como se le inundaban los ojos y decidió subir al piso de arriba para evitar que sus padres la vieran llorar. No quería que se preocupasen más de lo necesario, tenían suficiente con todos los trámites de la herencia.

De todas las habitaciones de la casa, la biblioteca de la segunda planta era sin duda su favorita. Era una sala de forma pentagonal con las paredes llenas de estanterías que se alzaban hasta tocar la alta cúpula que tan bien iluminaba la estancia. En el centro, presidiendo, un hermosísimo piano de cola que había sido el orgullo de Eva en sus últimos años de vida. Esta, que pensaba que la música y la literatura eran lo único eterno en el mundo, se había empeñado en que su nieta aprendiese a tocar y algo de solfeo. Casi hipnotizada, Raquel se sentó en el taburete de cuero, levantó la tapa que cubría las teclas y comenzó a tocar. Tocó como nunca antes lo había hecho, sus dedos llevaban la melodía mientras la música de Chopin inundaba la habitación.

Cuando terminó la canción, la realidad la atacó de golpe y no pudo evitar pensar en la adivinanza de su abuela otra vez más. Deslizó los dedos distraídamente por las teclas al tiempo que le daba vueltas al asunto. Do, Re, Mi... De repente, se le ocurrió, Sol, como la tecla del piano. Y sin embargo, algo no acababa de encajar. "Donde queda la mitad..." Ahí estaban, entre las teclas blancas, las negras, medio tono más arriba que el La y medio tono más abajo que el Sol. Raquel se apresuró a tocar la tecla y, efectivamente, sonaba raro. Se levantó y abrió la tapa del piano con resolución. Enganchado en la cuerda que comunicaba con el Sol bemol había un diminuto papel. Lo cogió con cuidado y lo desenroscó. En él, una sola frase escrita en cursiva:

"Si el futuro has de temer, de tus antepasados debes aprender"

Raquel se quedó perpleja, ¿otra adivinanza?, su abuela no tenía remedio. La llevó unos segundos comprender el significado de la frase. A Eva le encantaba hablar de su familia y contarle pequeñas anécdotas a su nieta. La guerra y su infancia eran sus temas favoritos. Por supuesto ya no quedaban más que recuerdos idealizados por los años y las fotos que se habían amarilleado con el paso del

tiempo. Eran estas mismas las que Raquel presentía que tenían algo que ver. Ayudándose de la vieja escalera apoyada en las estanterías, subió hasta la sección de álbumes de fotos. Eran decenas, si los buscaba uno a uno se pasaría días. Se fijó en los títulos y en las fechas, descartó los que trataban sobre la adultez de su abuela y la niñez de su madre. Hubo uno en especial que la llamó la atención. El álbum databa del año 1936 y tenía un pequeño sol bordado en el reverso. No podía ser una coincidencia. Alzó la mano y sacó el libro.

Una vez abajo, Raquel se sentó en uno de los raídos sofás en frente de las estanterías y abrió el libro como el que se adentra en otro mundo. Pasó las hojas parsimoniosamente, fijándose en cada una de las caras que habían quedado grabadas en ellas para siempre. Algunas las reconocía, tía-abuelas, bisabuelos, viejos amigos de la familia... Su abuela le había hablado de algunos de ellos. Cuando ya llevaba un buen trozo del álbum, se cayó de entre las páginas una foto que debía estar suelta. Mostraba la cara de un bebé sonriente. A través de los matices grises se podían apreciar unos ojos claros y unas mejillas sonrojadas. Raquel reconoció en esa sonrisa a su abuela. Con la resignación de quien ya sabe lo que el futuro le depara, giró la foto. No se había equivocado, había otra frase.

“Que los libros guíen tu camino y las letras te acompañen”

Raquel estaba al borde de la desesperación, no podía abandonar ahora, pero se estaba empezando a cansar de tanto misterio. Apoyó la cabeza en el respaldo del sofá y cerró los ojos. Se estrujó el cerebro y viendo que no llegaba a ninguna conclusión clara, se levantó para aclararse las ideas. No podía ser muy difícil. Si los libros debían guiarla supuso que tenía que llegar hasta la biblioteca. Eso no tenía sentido, estaba en ella. Pensó en la sala de estar de la primera planta, de la que acababa de venir, contaba con una considerable cantidad de libros y no quedaba ninguna otra opción.

Descendió las escaleras atropelladamente y se plantó en la puerta de la habitación. Desde su posición podía ver la estancia entera. La chimenea con los sillones alrededor y en el lado contrario baldas llenas de libros. En el centro una pequeña mesa para tomar el té sobre la que descansaban amontonadas las cajas de todo tipo de juegos de mesa. Un detalle llamó la atención de Raquel, la partida de Scrabble estaba a medio acabar encima de la mesa. Las letras, el juego, tenía sentido. Se acercó y en el tablero se leía una sola palabra: ciento dos. Sin aparente significado. Abrió la caja que quedaba en la cima del montón de juegos. Y para sorpresa y agrado de Raquel, no había una frase, sino un cofre. Para abrirlo se necesitaba una combinación de tres cifras. Fácil, el número 102. Probó suerte con la sensación de que era demasiado simple y con un chasquido la tapa del cofre se levantó. Dentro, un sobre, y bajo este, una joya que reconoció al instante. Era un anillo que llevaba el sello de la familia grabado. Su abuela lo llevaba siempre puesto y le había contado la historia a Raquel más de una vez. Se trataba de un regalo que le había hecho un conde a su vasallo más fiel ocho siglos atrás, había grabado el dibujo de su escudo en oro y se lo dio tras una importante victoria. Con el paso de los años, Raquel había empezado a dudar de esa historia, le parecía extraño que la joya hubiese durado tanto. Ya no albergaba ninguna duda. Reparó entonces en la carta que estaba en la caja. Acarició el sello que llevaba las iniciales de su abuela y finalmente abrió la carta con delicadeza.

“Querida Raquel,

Siento las condiciones de este último juego, espero que te haya hecho más liviana mi falta. No quiero extenderme más de lo necesario, encuentro esta carta demasiado triste. Habrás visto el anillo, ahora te pertenece. Cuídalo y asegúrate de que continúe como legado. Es mi último deseo.

Con cariño,

Eva Migens”

Raquel se puso el anillo en el dedo anular, apretó la carta contra su pecho y lloró.

65 AÑOS MÁS TARDE

-Perdone, ¿puede repetirme la frase?

-Sí, “Dónde queda la mitad para que salga el sol, está la solución”- Raquel reprimió un suspiro de desesperación. Estaba claro que su abogado estaba peor de oído que ella.

-Vale a ver, entonces, para su nieta es esa frase sin más, ¿no?

-Exacto, y por favor asegúrese de que ella sí la oye bien, es muy importante para mí.

-Sí, por supuesto. ¿Pasamos a la herencia para sus hijos?